

SERMON
PARA EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE EL RETARDAR LA CONVERSION.

Ego vox clamantis in deserto: dirigite viam Domini.

Yo soy la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor.

JOAN. I, v. 28.

SEÑOR:

Jesucristo Señor nuestro, para poder entrar en nuestros corazones, nos anunció por San Juan Bautista que debemos prepararle los caminos, apartando los obstáculos que oponen como un muro de separacion entre su misericordia y nuestra miseria. Estos obstáculos son las culpas con que tantas veces nos manchamos, y que siempre subsisten, porque debiéndolas expiar con la penitencia, no lo hacemos. Estos obstáculos son las pasiones de que se deja arrastrar nuestro insensato corazon, las que siempre están vivas, y para destruirlas es preciso combatirlas, y no lo hacemos. Estos obstáculos son las ocasiones, en las que ha tropezado tan-

tas veces nuestra inocencia, y que sirven aún todos los dias de fatal escollo á nuestras resoluciones, porque en vez de ceder á la inclinacion secreta que nos lleva á ellas, es preciso huirlas, y no lo hacemos: en una palabra, el verdadero y único modo de preparar á Jesucristo el camino de nuestros corazones, es mudar de vida y convertirnos sinceramente.

Pero aunque el negocio de nuestra conversion sea el mas importante de que podamos estar encargados en la tierra, pues solamente con ella podemos traer á Jesucristo á nuestros corazones; aunque sea el único que verdaderamente nos interesa, pues depende de él nuestra eterna felicidad, ne obstante, ¡oh deplorable ceguedad! no hacemos caso de este negocio, y siempre le dilatamos para otro tiempo, como si el tiempo y los instantes estuvieran á nuestra disposicion. ¡Qué es lo que esperais, católicos! Jesucristo no cesa de anunciaros por sus ministros las desgracias que amenazan á vuestra impenitencia y al retardar vuestra conversion; ya ha mucho tiempo que por nuestras bocas os está avisando, que si no haceis penitencia, todos perecereis.

Y aun no se contenta con avisaros en público por la voz de sus ministros; os habla tambien en lo íntimo de vuestros corazones, y continuamente os está diciendo en secreto: ¿no es ya tiempo de salir de la culpa en que ha tantos años que vives sepultado, cuando para salir de ella casi no te queda más remedio que un milagro? ¿No es ya tiempo de conceder la paz á tu corazon, de desterrar ese caos de pasiones que han sido el motivo de las desgracias de tu vida, de disponerte á lo menos algunos dias felices y tranquilos, y que ya que has vivido tantos años para un mundo que siempre te ha dejado vacío é inquieto, vivas finalmente para un Dios que es quien solamente puede dar la ale-

gría y la tranquilidad á tu alma? ¿No quieres, por último, despues de una vida llena de vanidad, pensar en tus intereses eternos, volverte á la verdad, y sirviendo á Dios tomar el único partido prudente que el hombre puede tomar en la tierra? ¿No estás cansado de sufrirte á tí mismo contra los remordimientos que te mortifican, contra la tristeza del pecado que te consume, contra la nada del mundo que en todas partes te sigue? ¿Y no quieres, finalmente, poner fin á tus desgracias y á tus inquietudes, dando fin á tus pecados?

¿Qué respondemos á esta voz secreta que ya ha tanto tiempo que está clamando en lo íntimo de nuestros corazones? ¿que pretextos oponemos? Primero: que Dios no nos da aún los auxilios necesarios para salir del infeliz estado en que vivimos: segundo, que actualmente nos hallamos muy enredados en nuestras pasiones para poder pensar en una nueva vida. Esto es, nos figuramos dos pretextos para dilatar nuestra conversion; el primero sacado de parte de Dios, el segundo de nosotros mismos. El primero que nos justifica, acusando á Dios de que nos falta. El segundo que nos asegura, acusándonos á nosotros mismos de no poder aún volvernos á él. Y así dilatamos nuestra conversion, porque creemos que nos faltan los auxilios y que Dios no se acuerda aún de nosotros: dilatamos nuestra conversion porque nos prometemos que algun dia estaremos algo mas separados del mundo y de nuestras pasiones, y mas en estado de empezar una vida mas regular y mas cristiana; dos pretextos que se hallan siempre en la boca de los pecadores, y que intento impugnar despues de haber implorado, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

No es nuevo el que los hombres echen á Dios la culpa de sus desórdenes y procuren hacer á su bondad y sabiduría responsables de sus injustos procederés. Puede muy bien decirse que esta ceguedad entró en el mundo con el pecado. Esta fué la excusa que alegó el primer hombre de su delito, y en vez de aplacar con una humilde confesion de su miseria al Señor á quien acababa de desobedecer, le acusó de que él mismo por haberle juntado con la mujer, habia sido la causa de su desobediencia.

Y esta, católicos, es una ilusion comun á casi todas las almas que viven en la culpa y que dejan para mas adelante la conversion que Dios les pide. Continuamente nos están diciendo que la conversion no depende de nosotros, que el Señor es quien muda los corazones y les da la fe y la gracia que les falta; y así, no se contentan con irritarle dilatando su conversion, sino que tambien le insultan echándole la culpa de su obstinacion y de la dilacion de su penitencia. Confundamos, pues, hoy el desórden y la impiedad de esta disposicion, y para hacer al alma pecadora mas inexcusable en su impenitencia, quitémosla este pretexto.

Nos decís, pues, en primer lugar que os convertiríais si tuviérais fe y si estuviérais bien persuadidos de la verdad de la religion; pero que la fe es un don de Dios que de él solo le esperáis, y que luego que os le dé, os costará poco trabajo el determinaros á empezar esta grande obra. Primer pretexto: no tenemos fe y Dios es solo quien la da.

Pero primeramente os pregunto: ¿cómo habeis perdido

esta fe tan preciosa? En el bautismo la recibísteis, conservóse en vuestro corazon por medio de una educacion cristiana, creció en vosotros, era un talento inestimable que os entregó el Señor, distinguiéndoos con él de tantas naciones infieles, y sellándoos con el sello de la salud al salir del vientre de vuestras madres. ¿Qué habeis, pues, hecho de este don de Dios? ¿quién ha borrado de vuestra frente esta señal de eterna eleccion? ¿no son esas tinieblas en que os hallais un justo castigo del desórden de vuestras pasiones? ¿dudábais acaso de la fe de vuestros padres antes de ser impúdicos y disolutos? ¿no sois vosotros mismos quien ha apagado entre el cieno aquella luz celestial que la Iglesia cuando os reengendró, os puso en la mano para que os sirviese de guia entre las tinieblas y peligros de esta vida? ¿pues por qué os quejais á Dios del mal uso que habeis hecho de sus auxilios? El es quien os habia de pedir su propio don, quien os habia de hacer dar cuenta del talento que os entregó, quien os habia de decir: siervo ingrato é infiel, ¿qué hice yo por otros que no hice por tí? Ennoblecí tu alma con el don de la fe y con el carácter propio de mis hijos, tú arrojaste esta preciosa margarita á los animales inmundos; quisiste apagar la fe y la luz que yo te habia entregado, y yo la he conservado mucho tiempo en tu corazon aun á pesar tuyo; la he hecho sobrevivir á los impíos esfuerzos que has hecho para apagarla porque servia de estorbo á tus desórdenes; bien sabes cuánto te ha costado el sacudir el yugo de la fe y llegar al estado en que te hallas; y ese terrible estado, que es el mas justo castigo de tus culpas, ¿quieres que hoy te sirva de excusa? ¿y dices que la falta de fe no es culpa tuya, porque no depende del hombre, cuando te costó tanto trabajo el arrancarla de tu alma? ¿Dices que yo te la debo dar si quiero que me sirvas, yo que

soy quien te la pide, yo que tantos motivos tengo para quejarme de que la hayas perdido? Entrad en juicio con vuestro Dios y Señor, y justificaos si es que teneis que responderle.

Y para mejor haceros conocer, amados oyentes míos, la debilidad de este pretexto, estadme atentos: os quejais de que os falta la fe, decís que deseáis tenerla, que no hay mayor felicidad que el estar vivamente persuadido, y que en este estado todo cuesta poco; pero si deseais tener fe, si creéis que no hay otra cosa mas feliz que el estar verdaderamente convencidos de las verdades de eterna salud y de la ilusion de todo lo que pasa en el mundo; si envidiais la suerte de las almas que han llegado á este apetecible estado, esa es la suerte que esperais y que creéis haber perdido; siendo así, ya no os falta otra cosa que conocer para acabar una vida pecaminosa, mas que la felicidad de aquellos que salieron de ella para trabajar en su salvacion. Decís que deseáis tener fe; pues estad persuadidos á que la teneis desde el instante que creéis que es digna de ser deseada; á lo menos teneis la suficiente para conocer que la mayor felicidad del hombre consiste en sacrificarlo todo á sus promesas. Las almas que todos los dias se convierten á Dios no son guiadas por otras luces. Los justos que llevan su yugo no se sostienen y animan con otras verdades, y aun nosotros mismos cuando le servimos nada mas conocemos.

Dejad, pues, de engañaros á vosotros mismos y de esperar lo que ya poseeis. ¡Ah! no os falta la fe; lo que sí os falta es la voluntad de cumplir con las obligaciones que os impone; vuestras pasiones y no vuestras dudas son las que os detienen: no os conoceis. Hallais utilidad en persuadirnos que os falta la fe, porque este pretexto que poneis á la gra-

cia, es de menos sonrojo para el amor propio, que el de los abominables vicios que os detienen. Pero mirad la raiz; vuestras dudas nacen de vuestros desórdenes. Arreglad vuestras costumbres, y cuanto os ofrezca la fe será cierto y os servirá de consuelo. Sed casto, honesto y moderado, y yo os respondo de la fe que os parece haber perdido. Vivid bien y os costará poquísimo el creer.

Y prueba de ser verdad lo que digo, es que si para volveros á Dios no tuviérais que hacer mas que sujetar vuestra razon á los misterios que se os presentan, si la vida cristiana no os ofreciese mas dificultades que ciertas contradicciones aparentes que es necesario creer sin poder comprenderlas, si la fe no os propusiera obligaciones cuyo cumplimiento es penoso, si para mudar de vida no tuviérais que renunciar á las mas vivas pasiones y á los lazos mas estrechos, si este fuera un negocio puramente de entendimiento y de creencia, y que no hubiera de padecer en él el corazon ni las pasiones, ninguna dificultad tendríais en creer, miraríais como insensatos á los que comparasen unas dificultades puramente especulativas que nada cuesta el creerlas, con una eternidad de desgracias en que podian ser sepultados los incrédulos: la fe, pues, solo os parece difícil porque regla vuestras pasiones y no porque propone misterios. La santidad de sus máximas es la que os asusta, y no la incomprendibilidad de sus misterios; y así, aunque es verdad que vivís en la corrupcion, no lo es el que seais incrédulos.

Y á la verdad, á pesar de vuestras falsas dudas acerca de la fe, no dejais de conocer que la incredulidad declarada es un terrible partido que no os atreveis á seguir; es una arena movediza bajo la cual veis mil precipicios que os causan horror, en la que no hallais seguridad y sobre la que

no os atreveis á caminar con confianza. Todos los dias decís en vuestro interior, que en entregarse á Dios nada se pierde, que en la realidad aun cuando no fuera tan cierto que nos espera otra vida despues de esta, es demasiado peligrosa la alternativa para no tomar bien las medidas, y que aun en una efectiva incertidumbre de las verdades de la fe, el partido que toma el justo seria siempre el mas seguro y prudente. Por lo que vuestro estado mas es una vaga irresolucion de un corazon agitado y que teme el romper sus cadenas, que una real y efectiva duda acerca de la fe, ni un temor de perder vuestros trabajos sacrificando á ella vuestros injustos placeres. Vuestras dudas mas son esfuerzos que haceis para defenderos contra la poca fe que aun os alumbrá en lo interior, que señal de que la háyais perdido. No busqueis, pues, con que convenceros; trabajad sí en no oponeros á la fuerza interior que os alumbrá y os condena. Entrad en cuentas con vuestro corazon, reconciliaos con vosotros mismos, dejad hablar á una conciencia que continuamente pleitea en vuestro interior á favor de la fe contra vuestros desórdenes. En una palabra, escuchaos á vosotros mismos y sereis fieles.

Pero acaso direis: es constante que si no hubiera que hacer mas que creer, esto no costaria mucho; pero nos falta la gracia y la esperamos. La conversion no es obra del hombre, Dios solo es quien muda el corazon, y este es el segundo pretexto de los pecadores que dilatan la conversion.

Digo, pues, que este pretexto tan vulgar y tan repetido en el mundo, que se halla en boca de casi todos los que viven en la culpa, si consideramos al pecador que le alega, es injusto, si atendemos á Dios de quien se queja, es temerario é ingrato, y si le examinamos en sí mismo, es ridículo é improbable.

Primeramente, es injusto si consideramos al pecador que le alega: os quejais de que Dios aun no os ha movido, que no sentís gusto alguno en la devocion y que es necesario esperar que éste venga para mudar de vida. Pero estando como estais llenos de pasiones, ¿es razon que espereis ni pidais que Dios os haga experimentar un gran gusto en la piedad? ¿quereis que vuestro corazon entregado aún al desórden, experimente las suaves dulzuras y los castos atractivos de la virtud? Os parecis á un hombre que sustentándose solamente con hiel y ajenos, se quejase de que todos los alimentos le parecian amargos. Decís que Dios es quien debe daros gusto para servirle si quiere que le sirvais, cuando al mismo tiempo estais continuamente estragando vuestro corazon con indignos excesos, cuando sin cesar estais poniendo un nuevo caos entre Dios y vosotros con vuestros nuevos desórdenes, cuando finalmente, todos los dias extinguis en vuestra alma con nuevos delitos aun aquellos pensamientos de virtud natural, aquellas felices impresiones de inocencia y de regularidad que nacieron con vosotros y que podrian servir para atraeros á la virtud y á la justicia. ¡Oh hombre! solamente quieres justificarte acusando la sabiduría y justicia de Dios.

Mas aun cuando Dios produjese en vuestro corazon este gusto y estos deseos de salud que deseais, viviendo como vivis en la corrupcion y en la disolucion, ¿cómo habeis de sentir la obra de la gracia? Aun cuando os llamara, ¿cómo le habiais de oír estando como estais, distraidos con los placeres de una vida mundana? Aun cuando os moviera, ¿qué resultas habia de tener este movimiento en órden á vuestra conversion, cuando inmediatamente le apagara el ardor y el exceso de vuestras profanas pasiones? A la verdad, fieles, que este Dios lleno de longanimidad y pacien-